

## SAN PEDRITO LEMEBEL HA MUERTO

### **Primera parte: mañana tarde**

No recuerdo. Dos de la tarde. Pedrito y Mono vinieron el uno a leer sus crónicas para los estudiantes de la Universidad de La Serena, el otro a pintar un mural en la Facultad de Humanidades. Post almuerzo de agasajo. Restaurant La Casona del 900. Av. Francisco de Aguirre de La Serena, frente a la coloquialmente llamada “plaza de los potos pelaos”, a la que prefiero llamar avenida del museo al aire libre, esa con estatuas réplicas de las clásicas, del renacimiento greco-romano y conseguidas en Italia por el plan ideado para la ciudad administrada bajo el remodelamiento urbanístico de González Videla.

Dieciséis horas, quizás más. El monito se fue y gran parte de los invitados también, entre ellos autoridades universitarias y estudiantado. Hora de decisiones, la noche se veía larga y pasada. De rockers, de los de verdad, de los sin vuelta.

Dieciocho horas, ya por lo menos dábamos cuenta de una docena y más de botellas vaciadas, entre vino, champagne, whisky, vodka. Entre cientos de cigarrillos y ya varios gramos de cocaína. Por entonces estaba bien suministrado de drogas y a buen comprador buenas balanzas. Pedro me sacó el rollo de una y me dijo que le convidara, en la noche él conseguía. Y comenzamos a tomar blanca, primero de a uno, en viajes fugaces al baño. Después de a dos.

Más tarde, en la misma mesa. A esa altura sólo quedaban compartiendo en el restaurant Sergio, Gisela, Antonieta y Walter, entre ellas una profesora, más un par de personas de la universidad. No podría afirmar si la una por interés de compartir y escuchar a Pedro o si la otra por colgarse un rato de farándula cultural, pero ambas no sabiendo con qué chuchita se estaban curando.

### **Segunda parte: tarde noche**

La profesora nos invitó a todos a su departamento en el barrio alto de La Serena. Cuando salimos, Pedro se encontró una pulsera de plqué y me la obsequió. La acepté y dijo en voz alta: “pero yo tengo que ponértela”. Nos reímos mucho con Sergio por el gracioso disparate. Le contesté que primero tenía que pedirme la mano para poder ponérmela. Se mató de la risa. Sergio comenzó a invadirle y desbordarlo un pu-

dor antes nunca visto. Dije: Pedro, te voy a pasar la muñeca y ponme la pulsera: “No me gustan las muñecas, prefiero los muñecos”, respondió cocoroco y bueno para la risa.

Antes, cuando llegué a la mesa del almuerzo, Pedro hizo un hueco y a viva voz pidió que me sentara a su siniestra, aduciendo que era justo lo que le había recetado el doctor para curar el corazón. Salud. Salud. Hablamos de todo. Menos de literatura. Huevones aburridos les dijo a Sergio y a Walter.

Y así la tarde, entre piropos y jales, entre tragos y cigarrillos, en uno de los viajes que hicimos al baño, Pedro llamó a otro homónimo en tono amoroso, cocoroco, íntimo. Le rogó que lo viniera a buscar y lo sacara a pasear, pero a pesar de las insistencias y llamados al ex ..... y por entonces honorable ..... le cortó y nunca llegó. Pedro dijo: “nunca confíes en los maricones, por eso yo no soy maricón sino marica, bien mariquita para mis cosas”.

Salimos del restaurant, me puse la pulsera y nos fuimos en auto hasta un supermercado para abastecernos de botellas; destilados, vinos, latas, etc. Sergio se encargó de esa parte, con Pedro fuimos a buscar merca con un contacto mío que llegó al baño del supermercado.

Llegamos al departamento. En menos de una hora, Pedro y yo nos bajamos prácticamente un whisky. Hicimos comida china. Llamó su atención mi experticia con el machete y los cuchillos, llenando de elogios a mis manos. “Nací en la punktajo, oriundo de la Pablo de Rokha” le dije, “Con razón po’ mi corazón” agregó. Me dijo que quería irse a vivir al valle de Cuz-Cuz, al interior de Illapel o Salamanca porque le gustaba el cielo cagado de estrellas. Me ofreció matrimonio e irnos a vivir ahí y escribir y cantar. Yo me reía. A esa altura me abrazaba sin pudor, yo lo dejé, era un amigo, había confianza.

Me pidieron que cantara y canté a capella unos fragmentos de “A Starosta, el Idiota” de Luisito Spinetta. A pedido de Pedro, el bis fue “Los libros de la buena memoria”. Sergio cantó, Walter aplaudió no pescando mucho. Pedro se mostró muy emocionado al igual que Gisela y Antonieta que era la única que sí conocía a San Pedrito.

### **Parte final: noche noche**

Me fui al baño para pegarme una dosis y como nada de pronto Pedro estaba ahí, lo vi por el espejo, se fue, pero volvió a entrar y sacó un caño. Nos pegamos una raya bien larga cada uno. Sentí un hielo en

la cabeza y destapado el paladar por unos segundos detenidos. Pedro se quedó extático frente al espejo y prendió el caño. Me convidó, me abrazó muy fuerte, tomo mi boca y me miró fijo. En ese momento alguien entró al baño. Al parecer era la hija de la anfitriona. No la vimos. Le dije “tranquilo Pedro, todo está bien”. Pidió disculpas. Apagamos la cola del pito y salimos a la sala. Supongo que a esa altura estábamos súper drogados y aunque todos los presentes estaban bebidos, nosotros estábamos drogados y alcoholizados.

Al salir del baño, en el living estaba todo alterado, pues el marido de la anfitriona era un derechista y empresario, pero sobre todo era un hombre sobrio en su casa y donde un par de “maricas” drogados en el baño sodomizaban a la vista de su hija. Obvia y comprensiblemente se molestó y nuestra presencia fue no grata. No éramos la tonada a nada de los huasos quincheros, lo que tocábamos era punk rock, heavy rock a decibeles estridentes en un departamento de lujo carente de lujuria.

Pero no fue todo, la anfitriona tuvo el decoro de presentar a Pedro como el destacado escritor de izquierda. Su marido en tono irónico y bonachón se presentó como pinochetista. Pedro le ofreció la mano y le escupió el suelo, entrando en una alteración máxima, con todos los ataques surgidos de mariscos y choros saliéndose de su canasta-corazón. La distorsión rockera y presagiada había llegado, el decibel de locura dura y la confusión de los relatos fue matorral. El dueño de casa entró en furia y dijo que nos iba a agarrar a balazos y comenzó a armarse una pelea entre gritos y tirones.

Nos fuimos arrancando porque iban a llegar los carabineros. Sergio y Walter tomaron a Pedro para controlarlo y bajamos por el ascensor. Pedro iba pegando patadas y mangazos, dando gritos y llorando. El conserje del edificio quiso detenernos pero Pedro lo tiró lejos de una sola patada y salió corriendo por la avenida principal (G. Mistral) de San Joaquín. Se cayó estrepitosamente y Walter paternalmente lo fue a ayudar para ponerlo de pie antes que llegara la fuerza policial, pero también lo botó al suelo y luego a Sergio, a quien también tiró a tierra sin cables de por medio.

Pudimos poner de pie a Pedro y tomar un taxi que se apiadó de nosotros con la gentileza y gallardía de llevarnos hasta Coquimbo al hotel de Pedro. Dentro del auto, él lloraba sobre mi hombro como un niño golpeado. Me recordó a mis amigos cuando eran pequeños maltratados por sus padrastrós alcohólicos y salían llorando a reencontrar otra vez el juego que los retornara al paraíso perdido de la amistad adolorida.

Lo sentí débil, mal. Me dio lástima, no pena. Compasión por quien en un segundo, varió de sensible, simpático, inteligente y divertido seductor a pérdida, a ser parte del gris despiadado y empedernido del enajenado. Le vi enfermo del alma, no había ahí en ese ser escritura, no arte, ni nada, todo borrado, incoherentemente desprovisto, llorando sus penas, dolido de un fondo que quizás como yo y nadie comprendió o que pocos compartieron bajaron con él.

Al llegar a Coquimbo quiso que lo fuese a acostar. Me decía flaquito dame cariño. Comprendimos el mensaje y Walter lo subió a su habitación en el hotel frente del ostión acústico de la Plaza de Armas. Al regresar, cada uno tomó su destino en la madrugada para esperar al nuevo día, lavarnos bien la cara y ponernos nuestras máscaras para salir a la calle de nunca con la morisqueta de siempre.